

ya la tres horas después de medio día. Los avisos, las órdenes se cruzaban y atropellaban en todos sentidos. No sabían otra cosa que perorar. Los soldados bebían y se divertían con fanfarronadas estériles. Hubo mucho de discurso y poco de acción. Para constituir un ejército, solamente un jefe faltó á esa muchedumbre indefensa. Entre tanto las horas estaban contadas. Pasado una vez el momento decisivo para la existencia de los Romanoffs, la ocasión se perdía para siempre. La victoria dependía toda de la oportunidad.

El emperador Nicolas, el gran duque Miguel, la emperatriz madre, la emperatriz Alejandra, los hijos de los grandes duques y algunos generales fieles se encontraban reunidos en el palacio imperial. El motín se formaba y tronaba en las cercanías del almirantazgo. Los rumores aumentaban aun mas el peligro.

Diffícil es pintar el cuadro de desolacion que ofrecía en tan crítico momento la familia imperial. Alejandra Teodorovna, prosternada á los pies de su angustio esposo, le suplicaba con lágrimas en los ojos que no dejara los suyos, y que no se espusiera al furor de los sublevados. Pero el general Conde Estevan Grabowski, entonces ministro secretario de estado, y de una alta estimacion cerca del emperador, exclamó que la hora era llegada para el Czar, de manifestarse á las tropas y al pueblo, porque un minuto mas tarde, la corona era perdida. El emperador vaciló; pero el conde, redoblando sus súplicas, prevaleció sobre las lágrimas de la Czarina, y sobre toda la familia reunida que abrazaba al emperador y le cogía las manos para detenerlo. Eran las cuatro de la tarde. El emperador saltó á pié de su palacio, acompañado del general Conde Miloradovitch y de un estado mayor de oficiales. Con gran trabajo se reunieron algunos hombres fieles para rodear al emperador. No había que pensar en oponer tropas á los soldados rebeldes. Después de una corta deliberacion se presentó un caballo al emperador, quien se lanzó hacia los regimientos insurreccionados, seguido de su pequeño número de amigos.

Miloradovitch habló el primero, recordando á los soldados que los había conducido en otro tiempo á la victoria.—No escucheis, dijo, á gefes pérfidos que os estravian, y obedeced á vuestro emperador que os perdona.

Esa fué su última palabra. Un tiro de pistola salido de las filas de los rebeldes, hizo caer muerto á este peligroso orador. Entonces una especie de filiada se trabó por parte de los insurgentes. Viendo Nicolas que no había medio de someterlos por la persuasion, ya no pensó mas que en emplear la fuerza. Uno de los jurados acababa de amenazar á su persona im-

perial; la sangre subió á los ojos de Romanoff, y la horrible carnicería que comenzó con el golpe, no acabó sino con ella. La artillería que había permanecido fiel, fué puesta en acción, y durante aquella terrible noche las balas no cesaron de abrir surcos sangrientos en la muchedumbre. Varios miles de víctimas pagaron con la vida un movimiento imitativo y mal dirigido, cuyas consecuencias redundaron todas en beneficio del poder.

El resultado del informe de la comision de investigación, y el tenor mismo de las sentencias, se han publicado por diversos periódicos. Allí se ve que segun una ley antigua y bárbara, la mutilacion se pronunció contra cinco de los principales rebeldes. El Czar tuvo á bien hacerles gracia de las penas accesorias, con tal de que murieran en la horca. Este castigo infame, pronunciado contra militares cogidos con las armas en la mano, y que pedían por último favor el morir fusilados, produjo una penosa sensacion en toda la Rusia: su memoria no se extinguirá fácilmente. Una multitud de otros fueron condenados al género de destierro mas rigoroso, el trabajo de las minas en Siberia. Todos pertenecian á las primeras familias; las cuales no perdonarán jamas al emperador este exceso de venganza. En el curso de estos rigores, hubo tambien accidentes raros que sirvieron para redoblar el sordo resentimiento de los vencidos. Se cuenta que el verdugo no supo ejecutar á sus víctimas; le faltó destreza ó felicidad. Los condenados estaban cubiertos de largos capotes grises, cuya capilla les envolvía la cabeza, y no habiendo el ejecutor apretado bien la soga, el ruido se corrió sobre el paño grueso, y dos de esos desgraciados cayeron no sin hacerse graves heridas. Rifeef al levantarse dijo á su camarada:—hermano, ¿qué podemos prometernos de un gobierno cuya ignorancia y barbarie son tales que no se sabe ni aun ahorcar con propiedad á un hombre?—Por lo que á mí toca, contestó el otro, yo no me había prometido que me ahorcaran dos veces.

Mr. Ancelet que refiere este hecho en su obra titulada: *Seis meses en Rusia en 1826*, publica tambien la traduccion de algunas encantadoras poesías del desgraciado Rifeef. La confesion de Malivaika respira una riqueza de poética melancolia, cuyo eco permanecerá suspendido como un melodioso suspiro sobre la tumba prematura de ese generoso jóven, digno por su valor y su martirio, de los recuerdos de la Rusia. Tambien debe lamentarse á toda esa juventud tan tempranamente segada, por haber creído candorosamente que maduraria la civilizacion de un solo golpe en el foco que brillaba con su entusiasmo. Ellos no se dignaron de aguardar la lenta accion de los siglos,

y la muerte se apresuró á pagarles su impaciencia. La historia menciona tambien muchos otros precusores que cayeron víctimas de los tiempos que anunciaban. El proceso de los conspiradores se condujo con energía y sin piedad. El Senado fué el encomendado de esta mision; pero el emperador Nicolas quiso ejercer por sí mismo el oficio de juez de instruccion. El interrogó á los culpables, y en los cargos manifestó tanta astucia como un magistrado consumado. Muchos días y muchas noches se pasaron así en ese procedimiento preparatorio.

El principe Trubetzkoi, que debía ser el jefe de la revuelta; pero que en el fondo no era mas que un ambicioso vulgar, temblando por la aproximacion del suplicio, pidió una audiencia al Czar para hacerle revelaciones importantes, y se arrojó con las dos rodillas delante de aquel que había querido destronar y asesinar. El obtuvo el indulto de la vida, y fué condenado á las minas de Siberia.

Así fué vencida la revuelta; pero no los revoltosos. Al día siguiente de la derrota, la union de los elementos heterogéneos colocados contra el trono, fué disuelta; pero cada uno de ellos continuó en la oscuridad, nutriendo proyectos, odios y rencores. Las sociedades secretas de la Rusia y de la Polonia, tenían desde entonces numerosas ramificaciones. Se vió despues, que algunos gefes de la conspiracion de 1825 hicieron oferta al principe A. J. y al conde Pedro M., como los debates lo han probado, de esterminar á toda la familia imperial, para servir de espacion de todos los crímenes de que el gobierno ruso se ha hecho culpable para con los polacos. Este ofrecimiento no fué aceptado; mas ella permanece como una prueba de la existencia permanente del partido liberal, y apasionado. Otra porcion del complot la formaba la nobleza, celosa y adherida por educacion y nacimiento á todas las viejas ideas moscovitas. Esta, obrando en sentido contrario al de los liberales, profesa un odio feroz á la Polonia, y Nicolas, queriendo hacer olvidar la sangre derramada, y dominado á la vez por los vencidos de 1825, no vacila en dar como gages de su mision al partido moscovita destruyendo á la Polonia. Se ha visto á todos los adversarios de este cruel sistema, volverse sospechosos á la nobleza, y causar recelos al esclavo coronado que ella mantiene bajo su yugo. El mariscal Diebitsh, educado en una escuela militar y nativo de la Silesia, hubiera querido seguir una politica de pacificacion para la Polonia sublevada; pero el murió luego. El mismo Constantino, que consideraba como su obra á ese heroico ejército polaco, que le profesaba á su modo brusco y apasionado un interes de padre, y que lo veía con un orgullo mal disimulado, ba-

tirse tambien contra los rusos; Constantino murió inmediatamente, de esa cólera asiática, cuya cólera es todavia en sus síntomas y en sus causas, materia de dudas y de controversias.

En Moscú es, distante de la vista del Czar, donde se traman casi constantemente las intrigas de la alta nobleza rusa. Ella forma allí el punto céntrico de los descentos, de donde parten sin cesar embrazos para el trono, avisos arrogantes, manifestaciones abiertas y maquinaciones ocultas. Puede decirse que la destruccion de la Polonia es una falta inmensa, al mismo tiempo que un ejemplo sorprendente, del influjo que ejerce la nobleza sobre el espíritu del emperador.

VI.

Es el Czar el hombre mas hermoso de su imperio?—Su talento.—Sus talentos militares.—La verdad sobre su gusto por las artes.—Los artistas extranjeros en San Petersburgo.—Nicolas Censor.—El Czar en familia.—La cripeta asesina.—Chasco del duque de Leuchtemberg.—Una palabra suya sobre el duque de Burdeos, enfermedad comun á los Romanoffs.—Origen singular de las enfermedades del Czar.—La hermosa princesa Urussoff.—Madama de Pompadour.—La princesa de Wronzow.

Habemos recorrido rápidamente, y limitándonos á sus tendencias politicas, las catástrofes ó los acontecimientos diversos, que han señalado la historia de Rusia en estos últimos tiempos, fin de mejor revelar á la comprension del lector, cuál es la verdadera situacion del poder imperial.

Ahora es preciso que nosotros conozcamos al hombre que es el actual depositario de este poder.

No es nuestro designio rebajar ó cesagrar en cosa alguna, el retrato que vamos á trazar. Penetrados de la idea de que el alma se refleja casi toda á sí misma en el exterior de un hombre, y que se traiciona por algunos rasgos de su semblante, estamos creídos de que la exactitud, y hasta la crueldad del diseño es aquí muy necesaria. Muchos retratos se han hecho hasta aquí del emperador, los unos que declaman por la viveza de los colorido, y los otros tan mezquinos, que se aranzan hasta la calumnia. La mayor parte de los viajeros que han tenido la felicidad de contemplar de cerca á su magestad imperial, no citamos personas. Cuando se quiere pintar un soberano, no hay que colocarlo delante del bastidor. Lo que decimos para las esteroidades, lo repetimos para el carácter personal y los talentos públicos del emperador Nicolas. Bolletes ingleses, por lo comun apasionados; escritos franceses, casi siempre super-

ficiales; panegíricos alemanes demandados por las circunstancias, ó directamente inspirados por la influencia moscovita, no han sido suficientes para suministrar al público una idea exacta del Czar de todas las Rusias. Vamos á ver si nosotros somos mas felices. Ademas, nosotros dejamos á los que recorren estas líneas, el que las concluyan. Saber lo que hay que hacer, es ya mucho en política.

Se ha dicho, repetido por muchas partes, que el emperador era uno de los hombres mas hermosos de su imperio. Lo que debía sobre todo, notarse y mencionarse es, que la hermosura del Czar es una hermosura fria, inanimada, sin gracia ni brillo. Es mas largo que su hermano Alejandro; pero no tiene ni su sonrisa, ni su apariencia seductora, ni esos modales galantes que ejercian una atraccion invencible sobre todos los que se le acercaban. Nicolas será acaso uno de los hombres mas largos de su imperio. Nosotros no le disputaremos este privilegio; pero Alejandro era mas amable, y ciertamente mas amado. Nicolas era serio, compuesto, glacial. Sus rasgos frios y severos afectan impensabilidad. Sus movimientos no tienen naturalidad. El toma una actitud como buscada para darse dignidad; podria decirse que de pies á cabeza está medido en una armadura de ballenac. Su figura tiene la inmóvil regularidad de la máscara, de la cual está la vida ausente. Ella es hermosa, correcta; pero sin transparencia; ella es de mármol: allí se vé que la antorcha humana jamas se ha acercado á esa pálida frente. Sus ojos carecen de movimiento; su mirada lucha sin cesar entre la necesidad de parecer bondadosa, y el deseo de ser imperial é el altanero; pero no impone jamas. Lo que hay de particular en la expresion de su semblante es, la discordancia de la boca, que quiere algunas veces sonreírse, con el ojo que se resiste á este pasagero capricho. Para Nicolas es mas difícil fingirse que es hombre, que el parecer emperador.

Ha recibido lo que se llama vulgarmente una buena educacion; pero sus gustos se han inclinado de preferencia á las pequeñeces de la profesion militar. El habla con facilidad el frances, no tan bien el aleman y el inglés; su palabra sin ser brillante es escasa, precisa, y un poco vulgar; él no es purista en la diction, no es un hombre de talento; pero posee un cierto buen sentido práctico; muy estimado en cosas de poca importancia: él es brusco, y esto pasa por franqueza en muchos casos. En cuanto á la elevacion de pensamientos, y á la audacia en la inteligencia, jamas ha dado pruebas. El carece completamente de esa ojeada militar que constituye á los grandes capitanes; pero manda un regimiento con propiedad: vigila con talen-

to el porte de las tropas y el despliegue de las maniobras; descubre con la mirada de una aguililla un uniforme mal abotonado, un tocador militar descuidado ó contrario á la letra precisa de los reglamentos. Brilla menos en el mando de una brigada, porque ociege un espacio mayor para la vista y para el pensamiento; cuando se trata de una division se pone pálido, y el mando de un cuerpo de ejército, según jueces competentes, escenderia en mucho sus talentos militares. Sin embargo, él se ha ocupado de varias cuestiones con bastante felicidad. Así es que él ha introducido útiles reformas en los cuerpos de ingenieros y de artillería. Sus trenes son perfectos, aunque inferior en la instruccion de sus cuadros y en el tiro, á la artillería prusiana, la cual por su parte es inferior á la artillería francesa.

Nicolas, digase lo que se quiera, no posee gusto innato por las bellas artes; pero su política toda de proselitismo, lo compromete á ganar artistas extranjeros para la causa rusa. Seria tambien un cálculo que debía intentarse el de las delicias que San Petersburgo proporciona á los artistas que allí abundan: multiplicados desengaños no impiden á esos pobres aventureros el que sueñen y estén soñando siempre.

Se asegura que el emperador gusta mucho del teatro: pero entre las producciones de la escena, él prefiere las mas superficiales. No es la pureza griega de Racine, ni la profundidad de Corneille, ni la inspiracion de Schiller, ni las vastas concepciones de Shakespeare lo que puede interesarlo; un vaudeville, una bufonada, un bailecito nuevo con música de contradanza, mugeres hermosas, una alegría desenfadada, hé aquí las fuentes supremas de sus placeres. Debe decirse que se fastidia mucho en su palacio imperial, porque no sabe crearse ninguna ocupacion noble é interesante. Como es el señor, así son los cortesanos. Una lectura seria y poética, el estudio de las altas cuestiones sociales, la historia con miras filosóficas, el porvenir de los pueblos, los deberes del trono en presencia de la humanidad, no son cosas que se han hecho para Nicolas. El no ha leído las *Meditaciones de La-Martine* mas que para espurgarlas, porque la censura era su ocupacion favorita, antes de su advenimiento al trono, y ella ha conservado un empeño muy vivo en lo que se refiere á ella.

El posee una finura expansiva, que las necesidades del poder y de la política, producen é hábito fácilmente. En todas las ciudades extranjeras por donde él pasa, visita los museos, los artistas y los talleres de pintura, y deja en pos de sí el recuerdo de un entusiasmo muy estudiado. En Prusia, él abrazará frecuentemente á los oficiales en gran parada, y los estrechará á su corazon con una efusion muy bien fin-

gida. El no dejaba nunca de besar la mano del difunto rey Guillermo, sobre todo en las revistas de la guardia y en el balcón real del palacio de Berlin, recordando así á los alemanes aquel proverbio sarmata: *bese la mano que yo quisiera cortar*.

Nicolas en el interior de su casa, posee toda la afabilidad y la gracia de un capitán de cosacos. Una de las costumbres de su vida íntima es, la de tener en su gabinete un pequeño tambor y una trompetilla, que le sirven para llamar á sus ministros. Si tiene necesidad de ver al conde Czernitschef, ministro secretario de estado en el departamento de la guerra, toca un redoble de tambor, lo que se dice que sabe hacer muy bien; pero toca la corneta si se trata de llamar al general de caballería Benkendorf. Estas costumbres, que explican su disciplina militar, son de tal manera usadas en casa del emperador, que su familia misma no se atreviera á sustraerse de ellas. Ninguno de sus miembros se atreviera á manifestar una voluntad diferente de la del amo, y la voluntad del amo tiene siempre un aire de consigna. El tono, las ocupaciones, las visitas, todo está arreglado en la familia imperial absolutamente, como la órden del día de un cuartel bien arreglado. Así es que el Czar, escuyendo de su muger una continua representacion, un movimiento incesorable de fiestas y de ceremonias, ha espuesto la salud de la emperatriz, sin que se resuelva por esto á violar lo que él llama las leyes imprescriptibles y sagradas de la etiqueta soberana. Y el que de todos los principes sufre mas por esta disciplina implacable es, el duque de Leuchtemberg, educado en las costumbres dulces y benévolas de las familias principales de Alemania; y trasplantado de repente á la atmósfera triste y helada del palacio imperial. Mas de una vez se ha acordado despues de su matrimonio, de la hermosa libertad que perdió y de la vida modesta de su casa en Baviera. Y á propósito se duda, que las relaciones del duque de Leuchtemberg y del emperador, sean muy armoniosas en San Petersburgo; el hecho es positivo: el duque ha sufrido sus arreos por no tener abotonado su uniforme conforme á ordenanza. El Czar se ha encontrado igualmente con que el duque ha cometido el delito de lesa magestad, pasando al departamento de la primera; y sentándose á su lado en ropas de cámara.

Lo que pudo mas que nada á Nicolas fue, el haber hallado al joven esposo fumando junto á su muger. No cesaban los regaños que él hacía para comenzar el día siguiente, y á cada momento se renovaba la querrela. El emperador no se mieda en sus expresiones; y se le ha oido militar á sus generales, á los principales y antiguos servidores, con palabras muy crueles;

tiene la desgracia de creer que está siempre en parada. Bastante es retirar las afrentas que el pobre duque de Leuchtemberg se ha visto precisado á devorar, y á devorar en silencio. Una palabra que él pronuncie en una ocasion reciente, caracteriza de un solo rasgo, cuán diferente es su situacion de la que tenía en Alemania, y que cada día siente mas. Se trataba de algunas proposiciones hechas á los Borbones de la primera rama, decausar al duque de Burdeos ya con una hija del emperador, ya con la gran duquesa Olga, ya con la gran duquesa Alejandra. Habiéndose frustrado este proyecto, el duque de Leuchtemberg dijo á un legitimista francés: *que de gracias al cielo el duque de Burdeos, de no haber venido á participar de la jaula en que yo vegeto*. Ademas, sus cartas á sus amigos de Francia y de Alemania, llevan con la fecha de San Petersburgo, los rasgos de una melancolía profunda, y se advierte que esas cartas han sido enviadas por la posta, medida muy providente contra las pesquisas que se permite la policía rusa, con toda la correspondencia que vá ó viene del extranjero. Las cartas de Paris sobre todas, están sometidas á un escámen especial.

Algunos años ha que las facultades del emperador Nicolas, sin variarse sensiblemente, han tomado una tinta de acrimonia mas marcada que en el principio de su reinado. Se ha vuelto sombrío y moroso. Se queja amargamente de haber sido calumniado por sus enemigos políticos. Esta inclinación á las ideas funestas le es comun con el emperador Paulo, con el emperador Alejandro, y con casi todos los Romanovs. Es una enfermedad que se trasmite en ellos por herencia, y cuyos primeros ataques resueltos en determinada época de su vida. Una inquietud sorda, irritante, hace necesarios á Nicolas el movimiento y los viajes. El reposo le pesa; la reflexion lo oprime; y el recogimiento lo vuelve loco. La sangre de sus antepasados, mal borrada de los escalones de su trono, le inspira terrores escotes. Centinellas de cosacos duermen durante la noche, al traves de la puerta de la recámara en que se acuesta. De aquí resulta para él esa propension á lo pánico, esas preveniciones de política que lleva hasta el punto de establecer el espionaje aun en el seno de su propio palacio, entre los miembros de su familia; sistema depravado y corruptor, que se estiende desde allí á todo el imperio y aun al extranjero. La emperatriz Alejandra tiene ahora 44 años; es una persona hermosa, un poco esbelta, un poco pálida, un poco melancólica; pero de una apariencia y de una mirada llenas de magestá. Se dice que ella ha amado mucho á su augusto esposo; sin envidiar la menor parte de los privi-

legios supremos de la corona. Las catástrofes que ha sido el testigo, el advenimiento ensangrentado del emperador Nicolás, le han ocasionado un tiro nervioso, y han impreso tanto en su semblante como en su humor, un cierto carácter de severidad, que ya se encontraba en la fisonomía de Federico Guillermo III su padre. La representación perpetua á que su esposa le obliga, así como una pasión casi frenética por el vals y la mazurca, han alterado su salud, hasta el punto de que los médicos le han aconsejado las aguas de Ems, y le han prohibido todo esceso en el baile para lo futuro. Se pretende también que las prescripciones, ó para mejor decir, las prohibiciones de Esculapio, han avanzado mas todavía, y que obligando las ordenanzas, tanto al Czar como á su augusta esposa, de aquí se ha seguido que el emperador no observe tan escrupulosamente como antes, la fidelidad conyugal. Mas en este punto no se hace á Nicolás toda la justicia que se merece. Con excepción de algunos homenajes furtivamente dirigidos á una princesa de una hermosa fama, se puede asegurar que el emperador está exento de todo reproche, y que nunca la influencia femenina en los negocios políticos, se ha hecho sentir seriamente en la corte del Czar. En cuanto á la princesa de que aquí se trata, no se puede negar que su favor ha sido escandaloso. Ella era entonces dama de honor de la emperatriz. Madama la princesa Urussov, ahora princesa Leor Radzivil, fué sin contradicción el tipo completo de la hermosa rusa. Jamas se vió un brillo mas puro, ni una frescura mas seductora. Sus cabellos caían en masas suaves y abundantes, sobre espaldas redondas, con toda la riqueza del galba antiguo; sus ojos sobre todo, sus grandes ojos azules, llenos de luz y de ternura, ejercían al derredor de sus rayos un poder magnético. En 1833 la princesa Urussov, se casó con el príncipe Radzivil, capitán de caballería y ayudante del emperador. La crónica escandalosa no dice mas. Pero recientemente las malas lenguas de San Petersburgo han hecho correr el ruido de un favor nuevo, cuyo objeto encantador anuncia bajo un pseudónimo muy pintoresco. Ellos la apellidan madama de Pompadour. En cuanto á la princesa de Woronzow, nosotros no la citamos mas que para memoria.

VII.

El gran duque heredero, el conde Grabonski.—Mr. de Woronzow.—Mr. de Cancrinc.—Mr. de Benkendorf.—Mr. de Nesselrode.—El sistema prohibitivo.—El cada caso de la política rusa.—El capitulo.—El periódico.

Sea cual fuere la verdad de los antecedentes, nunca se repetiría bastante que la familia

imperial brilló largo tiempo en las virtudes domésticas; y que se podía recomendar entonces al emperador como un ejemplo á todos los maridos del universo; pero como ya lo hemos dicho en el último capítulo, los inconvenientes que resultaron de ese mismo esceso de regularidad conyugal, casi han justificado al emperador, por haber puesto en ejercicio la crónica maliciosa de su corte, y de usar un poco de los privilegios consiguientes de su corona de autócrata. Así es que se le ha visto algun tiempo ha, en cierto baile de máscara afamado, según se dice, por la reunion de fáciles hermosas, y donde el emperador suelta la rienda á esa necesidad de aturdimiento superficial, que forma en gran parte el fondo de su carácter.

El gran duque heredero, desgraciadamente ha vivido pronto, y cuando hizo su viage á Alemania en 1838 y en 1839, su salud ya muy decayida resistió por mucho tiempo á todos los esfuerzos de la medicina. Se han ocupado mucho del proyecto atribuido al emperador Nicolás, de hacer pasar la corona á su hijo menor, el jóven gran duque Constantino. Podemos asegurar que al menos hasta ahora, el proyecto se encierra todo en la imaginación de los novelistas, á pesar de que la idea la han sacado de una fuente respetable.

Alejandro, el gran duque heredero, ha sido educado por un poeta de mucho talento, Schockowsky. Desde su primera juventud, se pretendió acostumbrar al príncipe á todas las fatigas, y fué sometido á ejercicios desgraciadamente desproporcionados con su naturaleza débil y enfermiza. Montar á caballo, asistir durante muchas horas á las maniobras militares, manejar por sí mismo las armas, esponerse á las inclemencias de las estaciones, viajar á la carrera, todo lo que se creyó necesario para hacer del gran duque un hombre robusto, un soldado, un Romanoff; se ha empleado en él de una manera irracional. El ha sido un arco que se ha quebrado bajo la mano que lo tendía. El emperador quería para heredero de su trono á una alma enérgica dentro de un cuerpo de acero, y no ha obtenido mas que un arbusto sin savia, marchito antes de llegar á la madurez. Ahora el gran duque Alejandro es un jóven grande y pálido, delgado, desmedrado, apocado, agradable de semblante, y en el cual los miembros débiles y el pecho hundido, anuncian los sordos estragos de que está siendo víctima su constitución. El es dulce, benévolo, afectuoso; pero tan débil de alma como de cuerpo. Una pasión romántica lo inclinó por algun tiempo á la hermosa princesa de Montfort, y su matrimonio con la princesa María, hija del gran duque reinante de Hesse Darmstadt atravesado esta adoración secreta, no ha hecho mas que aumen-

tar la propension casi hereditaria del gran duque Alejandro á la melancolía. Puede ser que el espectáculo de esa naturaleza endeble, que ninguna armonía guarda con los deberes futuros del heredero de los Czars, haya inspirado algunas penas á Nicolás, sobre todo, por el contraste de Alejandro con su hermano Constantino, grande y robusto jóven y lleno de animación y de vida; pero los miembros influentes del partido ruso, se han declarado protectores del gran duque heredero. La razon fácilmente se concibe. Ellos observan en este pálido y fragil vástago del trono, el esclavo futuro y el instrumento dócil de sus voluntades (3).

El emperador Nicolás, al principio de su reinado, y mas aun cuando era gran duque, tuvo afecciones marcadas entre las personas que lo rodeaban, y también en las cortes extranjeras. Así en Berlin manifestaba mucha confianza á Mr. de Thánzen, que ha sido despues ayudante de campo del rey de Prusia. El Czar gustaba tambien de rodearse de algunos servidores adictos, cuyos consejos adoptaba. El conde Gabowsky que era su ministro, y que ha dejado despues los negocios para retirarse á Polonia, poseía toda la confianza de Nicolás al principio, de su reinado, y despues la perdió. Se cita tambien á Mr. de Woronzow en los negocios interiores, á Mr. de Cancrinc en el ramo de hacienda, á Mr. de Benkendorf en la alta policía, y á Mr. de Nesselrode en los nego-

cios extranjeros, quienes han ejercido sobre el ánimo del emperador una influencia pasajera. La mas funesta de todas ha sido la de Mr. de Cancrinc, el instigador ardiente del sistema prohibitivo que separa á la Rusia, y la aisla del resto de la Europa con notorio perjuicio suyo. Fabricar en el interior y cerrar los mercados rusos á las naciones extranjeras, comprimiento así toda concurrencia saludable, tal es el tema perpetuo de la política financiera de Mr. de Cancrinc. Se asegura que va á retirarse de los negocios; pero es de temer que su separación no produzca modificación alguna en los principios dominantes que han llegado á ser los del emperador. Nunca se protestaría bastantemente contra esta prohibición brutal, cuyos efectos se hacen sentir particularmente en Prusia, en Austria y en toda la Alemania. Es de desear que el Zollverein adopte medidas propias para proteger en este respecto los intereses germánicos menoscabados por la Rusia. Las mercancías y los productos rusos entran en Alemania con un impuesto muy moderado, mientras que los artefactos alemanes están gravados con derechos eshorribantes, que equivalen á una prohibición absoluta. Muchos artículos ya lo están. Este es uno de los principales caracteres de la actitud altanera y opresiva que la política rusa toma cada dia sobre la Alemania, y calculada para pesar sobre la opinion pública y conmovér; mas ya veremos en su lugar por

(3) *Hay hechos en la historia de un pueblo, que se reproducen inevitablemente luego que el concurso de circunstancias trae consigo las mismas necesidades; y puede decirse que estos hechos son como los grandes rasgos que revelan las tendencias, las costumbres, ó la constitución política de un pais. Siempre que la nobleza moscovita ha tenido á la mano á un príncipe débil y apocado; cuando esta debilidad ha procedido del alma como en Alejandro, y tambien como en Ivan, en que llegaba hasta la imbecilidad, la nobleza ha querido á tal príncipe por emperador. Ivan, hijo de Alexis Michalevitch, era el hermano mayor de Pedro I; pero era tonto. Cuando subió al trono Pedro I, hubo una revolucion violenta á su favor, y fué necesario que el Czar para poner término á la guerra civil, consintiera en participar su trono con este vástago estéril de Alexis. Trece años despues, cuando Pedro era ya un hombre, y estaba agitado por ese genio que debía iluminar á todo el imperio, quiso reinar por sí solo; y el acaso, que es el gran justiciero del trono en Rusia, estinguíó la inútil vida del príncipe Ivan. Sin embargo de que este príncipe era un imbecil, tenia devotos partidarios entre las guardias pretorianas del imperio, esos*

arrogantes Strélitz que debían conmovér por un momento el trono en número de cuarenta mil, y caer en fin bajo la mano de ferro de Pedro I.

Se vio algun tiempo despues á un Ivan VI, detenido como prisionero en la fortaleza de Schlussemburgo por Pedro III primero, y por Catarina en seguida; pobre niño que creció bajo la húmeda sombra de los calabozos, cuya debilidad prometía á la nobleza un jefe mas manejable que la terrible Catarina, y que llegó á ser á su vez el jefe de una conspiración tramada en Moscov para su libertad, y que cayó desgraciadamente víctima de una revolucion que no habia ni conducido ni provocado. Sorvida en fin de último ejemplo Constantino, hijo mayor de Alejandro, y aunque no pueda decirse que era el tipo de nulidad y de debilidad, fué preferido sin embargo en 1825 por una parte de la nobleza, al príncipe Nicolás, cuya firmeza fria y altanera veía con desconfianza, temiendo no poder dominarlo como al Czarévitch que tenía por ella simpatías muy marcadas. Esto explica hasta cierto punto la protección que el heredero actual de Nicolás, disfruta en una gran parte de las altas familias rusas.

pio cuál es la verdadera situación de Nicolás para con la Alemania.

Terminaremos con una reflexión general esta rápida ojeada sobre la corte de Rusia. Uno de los caracteres principales de la política del Czar es, el de ser una política para cada caso. Mas abajo observaremos en un pequeño capítulo sobre las alianzas de su familia, que su atención constante ha sido el proporcionarse una salida en todas las hipótesis, una ventaja de posición para todas las contingencias. El matrimonio del duque de Leuchtemberg con la princesa María, es un ejemplo vivo del modo con que el Czar lleva este sistema hasta los extremos. Esta unión no es mas absolutamente que en un caso bonapartista, idea estéril en el fondo; pero que el emperador no ha creído deber perder de vista, aunque no mas sea para mantener en Francia un cierto fermento de discordia. Se sabe que la política rusa ha llegado hasta á patrocinarse en tiempos pasados en París un periódico bonapartista, *El Capibito*, de acuerdo en esto con el príncipe Napoleon Luis, quien estuvo para casarse con una de las grandes duquesas de Rusia. Acaso tendremos la ocasión de manifestar cuál ha sido la influencia funesta de este periódico sobre la opinión francesa, porque resuscitando sus doctrinas antipapas sin motivo, han producido conforme á los deseos de la Rusia, una frialdad cada día mas notable entre las poblaciones de las dos orillas del Rhin.

VIII.

Una palabra sobre el enigma del estado de la Rusia.—La integridad bárbara.—De la corrupción en Rusia.—Las conciencias en venta.—Los espías.—Consecuencias del precio exorbitante de los pasaportes.—La justicia.—La religión.—Los ejércitos.—Dichtsch Pakientisch.—De qué se compone el imperio.—Padron.—Escritos emanados en San Petersburgo.—La pentarquía europea.—El conde Adam Groussky y su conversión.

El lector que se ha tomado la pena de seguirnos hasta aquí, advina ya que la situación actual del imperio es, ha sido, y será por mucho tiempo todavía, lo que deben hacerla dos autoridades, dos pretensiones, dos rivalidades que están siempre la una delante de la otra, que se hacen la guerra sin cesar, y que procuran sin intermisión neutralizar recíprocamente su influencia ó sus actos. *El estado soy yo*, dice el emperador; el estado somos nosotros, responde fieramente la nobleza, y de aquí proviene que los negocios marchen como pueden, y mas bien para atrás que para delante. Es un hecho prodigioso que todas las tendencias del emperador, para sacar al pueblo ruso del abatimiento en que está hundido, encuentren inmediatamente en la nobleza

antagonistas encarnizados. El motivo es claro: su riqueza consiste en la esclavitud de cincuenta millones de rusos, y no puede concebirse esclavitud sin ignorancia, sin embrutecimiento y sin barbarie. Está, pues, en sus intereses, que la ignorancia, el embrutecimiento y la barbarie se conserven eternamente. Esto es odioso; pero lógico. Ultimamente quiso hacer el emperador algunos ensayos para mejorar la suerte de los tributarios; el ukase se publicó y aquí paró todo. La autoridad del Czar fué á estreñarse contra esa roca inmóvil, la feudalidad moscovita, y ya no se habló mas de ello. El Czar no es el soberano, si no es á condición de mantener en todo su imperio, y como una carta sagrada, la integridad bárbara. El reina á este precio. Pero que el intento acudir el yugo de los intereses de la nobleza, inmediatamente su poder declina, los cortesanos se alejan, todo al derredor de él toma un aire triste, enfadado, glacial; hasta que en el día mismo pensado lo degellan, sin forma alguna de proceso.

Las dificultades del gobierno político, refuyen naturalmente sobre la administración. Aun ahora la dirección del poder es nula é imposible. Una corrupción general transmitida á las costumbres, infiltrada en la sangre, pesa sobre todos los ramos de la administración, y los esfuerzos para vencerla son tan peligrosos para el Czar que los intenta, como vanos y sin resultado para con aquellos que son su objeto. Todo se vende, todo se compra. El empleado mas insignificante tiene su precio, así como el mas elevado. Existe un metado perpetuo; una feria siempre abierta de conciencias y de complacientes. Una audiencia se paga, una protección se paga, un juez se paga, todo se negocia, todo tiene su precio corriente. La policía lleva la venalidad hasta los límites posibles, y quizá pasa de ellos.

Hay una circunstancia que aumenta el mal lejos de disminuirlo, y es, que todos los empleados del gobierno están muy mal pagados. No tienen ellos la mitad de lo que necesitan para vivir, y están como necesitados á sacar el resto de donde pueden y como pueden. En las provincias sobre todo, lejos de la autoridad central, es donde la corrupción no conoce coto. Increíble pareciera hasta dónde se extiende la conciencia eléctrica, maleable y manejada de un empleado ruso, civil ó militar; esto llega á lo infinito.

Es necesario saber, que los pasaportes para viajar en países extranjeros, cuestan 75 rubles de plata. Un ruble de plata es el equivalente de cuatro francos de nuestra moneda. Este impuesto que á primera vista parece que no pesa mas que sobre los ricos, en realidad gravita sobre el pueblo, al que impide toda traslación, y

lo fuerza á vegetar en un lugar sin relación alguna con la civilización ó con las luces de otros pueblos. Además, en ningún país hay tantos viajeros forzados como en Rusia. El espionaje es una enfermedad crónica en San Petersburgo. El emperador espía á todo el mundo, y encuentra tiempo para espíar en su casa, al derredor de sí, y hasta en su mas secreta intimidad. Un ruso jamas está seguro de no ser denunciado por sus criados, por sus dependientes, por su querida ó por su familia. En Moscovia sin embargo, la nobleza ha logrado crearse uno como recinto amurallado al derredor de sus salones; la lengua tambien se suelta sin embargo, y las conversaciones son tan libres como lo fueron durante nuestra revolución.

Hemos dicho que la justicia se paga como todo lo demas. En un día, una persona se quejó directamente al emperador Alejandro, de no poder obtener una sentencia, sin pagar una suma extra-legal, y el emperador le contestó que no podía remediarlo. Yo mismo, dije, pago todos mis negocios segun una tarifa que no conozco, y que jamas he ordenado.

Esta maravillosa corrupción, ha hecho que en alguna parte se diga, y no sin apariencia de justicia, que la Rusia se ha podrido antes de haber madurado para la civilización. Sin embargo, los escritores asalariados de Rusia, siempre que comparan nuestras instituciones liberales con el régimen de su imperio, se desatan virtuosamente contra la corrupción de los estados constitucionales. Mi opinión es, que se les deje hablar.

Todo funcionario, sea cual fuere su rango, con el cual un extranjero tiene dimes y diretes, sea en el despacho de sus pasaportes, sea en la aduana, y estos siempre los hay, acepta con gratitud diez ó veinte rubles, cuando se le ponen oportunamente en las manos. En cuanto á los naturales del país, su generosidad se provoca de una manera mas viva. Por ejemplo, si se trata de un paisano, se le aplican algunas bofetadas y punta-piés, hasta que el pillo se acuerda de los quince ó veinte copeks que tiene dentro de la bolsa, entónces se apresura á entregarlos, como precio de los golpes que ha recibido.

Se nos había olvidado colocar al culto entre las cosas envilecidas. El bajo clero se encuentra en un estado de degradación muy chocante. Quiero permitir que la religión se respete en Rusia; pero en cuanto á los sacerdotes, se les considera muy poco, y hacen bien en ello. Los papas son generalmente ignorantes, supersticiosos é indignos de la profesion que ejercen. La mayor parte de ellos están embrutecidos por el uso del aguardiente; aun en el seno de las mismas ciudades exigen sus copas cuando van,

durante las fiestas de la pascua, á cantar la resurrección del Señor en las casas opulentas; despues de algunas estaciones de este género, delante de las imágenes de los santos, pierden completamente la razon, de tal manera, que es preciso llevarlos á sus casas borrachos, ó se les ve andar cayéndose por lo largo de las calles.

En un día el emperador Alejandro asistía á la misa de una pequeña aldea, como tenia costumbre de hacerlo en todas sus escursiones: el uso escogió que se acercara al papa para besarle la mano; pero el pobre papa intimidado se retiraba con respeto, y el Czar impacientado le dijo una desverguenza, que no repetimos por decencia, con lo que terminó todo. De esta anécdota puede concluirse, que en un país en que el príncipe respeta tan poco á los sacerdotes, es difícil que los sacerdotes se den importancia, y uno que no se respete á sí mismo, está muy cerca de tratar á la religion de la misma manera; y este ejemplo funesto es seguido por los fieles y por el pueblo entero. Es esto tan cierto, que el paisano ruso, y aun algo los habitantes de las ciudades, no tienen otra religion, que una idolatría que se inclina á veces hasta el feticchismo mas extravagante. Ellos adoran á todo menos á Dios. El rito griego no tiene porvenir en Rusia; y el emperador cuyo juicio en materias elevadas no está exento de debilidad, se engaña miserablemente si persigue al catolicismo y á los polacos, con la esperanza de restablecer la supremacía de la Iglesia griega hasta los confines de su imperio. Un pueblo puede ser vencido; pero es mas difícil triunfar de su razón (1).

(1) *En tiempo de Pedro I fué cuando el poder espiritual se reunió á la corona temporal del emperador. La extincion del patriarcado data desde 1716. Ya se concibe que esta revolución no se hizo sin resistencia, y que ha debido suscitar cismas. El primero de todos, y que ha permanecido el mas fuerte, es el llamado de los griegos unidos. Este cisma es tanto mas notable, porque su origen y todo su vigor lo ha sacado de una revolución abierta y permanente contra la autoridad del Czar. Los griegos unidos, son muy numerosos en Rusia, y sobre todo en Lituania. En nada se distingue su fé de la de los otros rusos fieles al rito griego. Sus sacerdotes se casan. Pero no queriendo reconocer el poder espiritual del emperador, y desconfiando con justo título, de esta fusion operada por Pedro el Grande entre el trono y el altar, han acabado por arrastrarse en los brazos de la autoridad papal, y obedecen hoy día al cetro religioso del santo padre. Estos cismáticos juntos al número inmenso de judíos, de luteranos, de*

Una palabra sobre los ejércitos imperiales. Las tropas rusas se baten bien; su valor es sólido, pero no brillante. Son impasibles, frías, y tenaces. Ellas deben mucho de su hermo-

protestantes, y de católicos, mezclados todos á la población moscovita, forman una masa de resistencia, que es conveniente no perder de vista cuando se considere la fuerza política del cetro en Rusia. Los emperadores que han sucedido á Pedro el Grande, han conocido todos, que agregándose á su poder la autoridad religiosa habían aumentado las dificultades del poder, sin encontrar grandes ventajas en su concentración; y ahora se ve que el emperador Nicolás se inquieta muy vivamente por obtener la supremacía del rito griego en todo el imperio, comprendiendo que ella es un apoyo de la dominación política.

Citarémos un ejemplo de la tendencia absoluta del emperador para dominar su pueblo, en el alma, y en el cuerpo, y para no sufrir la libertad de conciencia, así como no sufre ninguna otra especie de libertad. Habiendo abrazado madama la princesa Galitzin la religión anglicana, el emperador le hizo sentir inmediatamente todo el peso de su cédula porque es un hecho digno de notarse, que si el Czar acostumbrara plegarse delante de las influencias generales de su nobleza, se desquita con los individuos, librando así la acción del gobierno en una serie de estrones que la entorpecen. Sea de esto lo que fuere, y estendiéndose la mano del emperador sobre todos los rusos, hombres y mujeres que viajan en el extranjero, madama la princesa de Galitzin por un orden emanado de la corte, fué forzada á volver á unirse á su familia en San Petersburgo. Apenas llegó, recibió una nueva orden del Czar, que le prohibía tener participio directo desde aquel día en la educación de sus hijos. Esto era como impedirle que fuera madre, declarándola indigna de este título por haber renunciado de propia voluntad la religión del estado. En vano empleó la princesa súplicas y lágrimas para conjurar estos rigores; el Czar se mantuvo inflexible; una especie de cordón sanitario, invisible, pero incoercible, se ha trazado al derredor de la princesa; todos la han abandonado, sus amigos, el vulgo, los cortesanos se alejan, y ninguno se atreve ya á darle la muestra mas furtiva de su compasión. Al mismo tiempo el emperador manda que se separe de madama Galitzin su hijo mas joven, para colocarlo fuera de su vista en un convento, en el cual recibia una educación conforme al rito griego. Otras dos de sus hijas están colocadas en la corte como damas de honor, á fin de relajar de ellas mas

su serenidad entre el fuego y entre las balas, al rigor de la disciplina (3). Mas estas cualidades excelentes para un soldado, no bastan para constituir á los generales. La Rusia ha carecido siempre de grandes generales. Ella ha dado á Diebitsch el título pomposo de Sabalanski, vencedor del monte Balkan, lo que nada prueba á favor del genio militar de Diebitsch. El era un buen oficial; pero no un gran general. Todos los militares franceses, austriacos y prusianos, se pondrán de acuerdo para decir que las campañas de 1829, sobre todo en Asia, ninguna dificultad sería opusieron á la victoria. El general Mülling, enviado por aquel tiempo por la Prusia á Constantinopla, para de-

cerca, y de sustraerlas de toda influencia maternal. Herida con tan terribles golpes, la salud de la princesa se altera, y obtuvo con gran dificultad en el año último, el permiso de permanecer algunos meses en Berlín. Habiendo espirado el tiempo de su licencia, tendrá que volver á San Petersburgo, cualesquiera que sea el estado de sus fuerzas, porque un desgraciado ruso no puede escapar mas que por una sumisión completa, á las desgracias mas crueles, que serian inevitablemente la consecuencia de su desobediencia.

(5) Decimos de paso que el sistema de colonias militares no ha tenido buenos resultados. La idea primera fué concebida por el emperador Alejandro; su sucesor quiso continuar la obra comenzada, y formar así de sus colonias un almacén, del cual el ejército sacara sus reservas. Pero lo repetimos, este sistema no tuvo efecto. Confesamos que tenemos en contra la opinión, y aun las esperanzas, en este respecto de varios generales de mérito, cuyo juicio en estas materias tiene ciertamente valor. Mas nosotros nos atenemos á los resultados. El señor mariscal Marmont, parece que se dejó deslumbrar en la obra tan interesante que publicó algunos años há.

En otro tiempo, los soldados rusos estaban obligados á servir toda su vida, porque el tiempo de servicio era de veinte años, y ademas los cinco de reserva. De este modo ninguna ocupacion queda para un hombre que está fuera la cuarta parte de un siglo. Después se conoció la necesidad de aligerar un poco esta pesada esclavitud que agotaria toda la savia de la población. El tiempo de servicio se fijó en quince años, y cinco mas de reserva; y en fin, esta proporcion se ha disminuido mas. El soldado ruso no sirve mas que quince años, comprendiendo su tiempo de reserva, espacio que es mas del doble de servicio en Francia, donde el impuesto de sangre es ya el primero de todos por su rigidez.

tener la marcha de los rusos, posee, segun se dice, apuntes muy curiosos en este respecto; pero que no verán probablemente la luz, si no es hasta despues de la muerte de este sábio general. Paskiewitch es otra notabilidad militar que debe igualmente su reputacion á triunfos fáciles, ponderados por boletines enfáticos. Se citan particularmente algunas relaciones sobre las banderas tomadas al enemigo, que esceden en ampollamiento declamatorio, á todo lo que la España ha producido de mas completo en este género. Mas la sumision de Polonia es la que colocó el último y mas hermoso laurel sobre la frente del feld-mariscal Paskiewitch Erivanski, príncipe de Varsovia. Sin embargo, es muy cierto que necesitó de muchos meses para reducir á este país desorganizado, sin accion comun, casi sin jefe, y paralizado por divisiones intestinas (6). No aumentemos, pues, en Francia desmedidamente la potencia militar del imperio. La Rusia necesita de un tiempo considerable para reunir y hacer mover sus ejércitos. Ella no es propia para las guerras grandes y largas; pero ha conservado desde los tiempos antiguos el instinto y el genio de las invasiones. Sin embargo, y esto merece una atencion particular, la organizacion del Mediodía de la Rusia y de sus puestos militares, es tal, que un cuerpo de ejér-

(6) El señor príncipe Paskiewitch, como gobernador de la Polonia, no ha hecho todo el mal que tenia toda la libertad, y aun la obligacion de hacer. Esta es una justicia que debe tributársele. El hubiera adoptado acaso para con los vencidos una política mas dulce, si no hubiera dependido del Czar, quien tambien es arrastrado por el viejo partido ruso, ese implacable enemigo de la Polonia. Paskiewitch es de buena ó mala gana, uno de los corifeos de ese partido, del que recibe frecuentemente un impulso directo. Sea de esto lo que fuere, es de creer que no ha sido muy puntual en la ejecucion de los órdenes que le han venido de la corte de Rusia, para la destruccion radical del elemento polaco, porque segun las últimas noticias, el príncipe ha sufrido una media desgracia, y ha recibido el permiso de viajar en países extranjeros. Se trata de colocar en su lugar al actual ministro de guerra Mr. de Czernitschew, instrumento mas ciego sin duda de las miras combinadas del Czar y del partido moscovita para la anulacion de la Polonia. Paskiewitch, es preciso decirlo, aunque adherido por el nacimiento á las ideas de la nobleza, es de los hombres de este partido que se han hecho distinguir por sus principios liberales y por sus simpatías á favor de la opinion constitucional.

cito considerable puede trasportarse fácilmente á Constantinopla.

Ya se concebirá fácilmente que los limites de este escrito no permiten que entremos en largas esplicaciones sobre la fuerza real del imperio ruso. Pero lo que nunca se repetirá bastante es, que esta potencia necesita de un siglo por lo menos de trabajo interior, así como de una revolucion inmensa, orgánica, para que su pretension de preponderancia y aun de igualdad, puedan justificarse á los ojos de los otros estados europeos. Verdad es, que ella inquieta y que se le teme, esto es posible; pero no se le temería si se le conociera mejor. Su pueblo, cuya bárbara desnudez, está cuando mas revestido de una civilizacion prestada y que se compone de sus tres cuartas partes de razas no sometidas, no puede en manera alguna erigirse en dictador de la Europa (7). ¿Sabeis por qué

(7) "Raspad al ruso, ha dicho Napoleon, y os dará por resultado el tártaro." Este concepto señala la civilizacion puramente artificial, puesta sobre la corteza todavia bruta, de las poblaciones moscovitas. No puede uno dejar de reirse al recordar lo que eran las costumbres de este pueblo, ahora cincuenta años, cuando que ahora sueña en el protectorado de la vieja Europa, con esa arrogancia que distingue en lo general á los pueblos de un día y á los niños. Oliverio Goldsmith refiere que Catarina II, animada de la esperanza de suavizar las costumbres salvajes, y de sacar un poco á las mugeres de su estado de abatimiento, fué la primera que introdujo las sociedades de los dos sexos, como se usaban en otros países de Europa. Ella aun dió leyes sobre esta materia. La lectura de estos ukases es interesante, sobre todo porque da una idea justa de la barbarie en que estaba entonces sumergida la nobleza moscovita.

"La persona, dice uno de estos ukases, en cuya casa se haya de reunir la asamblea, estará obligada á anunciarlo públicamente por un aviso, ó por cualquiera otro medio á las personas de los dos sexos que quiera reunir.

II. "La asamblea no puede comenzar ántes de las cuatro ó cinco de la tarde, y debe concluir á las diez de la noche.

III. "El dueño de la casa no está obligado á salir al encuentro de sus convidados, ni á conducirlos á la puerta, ni á estarlos acompañando. Sin embargo, se les deben proporcionar sillas, luces, licores, y lo demas que pueda costear la asamblea. Debe igualmente proveer á los convidados de dados, de cartas, y de todo lo accesorio para las mesas de juego.

IV. "No hay una hora obligatoria de en-

la Inglaterra tiene una cierta vitalidad interna que constituye su fuerza en el exterior? Porque ella posee una nacionalidad sólida, toda de una pieza, con su base cuadrada, con raíces profundas. Una nacionalidad, no se erige entre dos soles. La nacionalidad rusa es irrisoria. El imperio es una mezcla confusa de todas las razas, las cuales tienden incesantemente a volverse á su cuna. Entre ellas se enumeran corlandeses, lithuanianos, polacos, finoeses, libonios, estonianos, persianos; ferianos, lapones, fitchouwanos, volkesses, ostiakesses, y cien otros nombres bárbaros que jamás han formado un pueblo. Los finoeses, entre otros, que han sido conquistados sobre la Suecia, así como los de los gobiernos de Petersburgo, de Viborgo, de Onoletz, se distinguen de los rusos por el idioma, por las costumbres, por la limpieza, y por el trabajo. Estas gentes llegan á millon y medio. ¿Por qué la Suecia no las ha de rescatar algún día? ¿Por qué las provincias alemanas, y los gabinetes de Viena, ó de Berlín, no establecen una propaganda activa, un partido germánico, á imitación del partido esclavon, que paga la Rusia en Posen. Continuemos con el padron del imperio. Se presentan los pueblos de raza tártara, que ascienden á tres millones y algunos centenares de miles de habitantes: son originarios de Asia, y se dividen hasta lo infinito. Tár-

trada ó de salda para los convidados: basta que se hagan presentes por un momento.

V. *«Todo el mundo es libre de sentarse, de andar, de jugar segun su gusto, sin que ninguno se lo estorbe, ó se permita murmurarlo, y esto bajo la pena de vaciar la grande agüita [gran cascía llena de aguardiente]. Bastará al entrar, y al salir, hacer un saludo á la sociedad.*

VI. *«Las personas de rango, nobles ó oficiales superiores, así como tambien los comerciantes, y los artesanos, particularmente los carpinteros, porque dependen de la cancellería, tienen libre entrada en estas reuniones, y tambien sus hijos y mugeres.*

VII. *«Los lacayos, exceptuándose los de la casa, tendrán un lugar aparte, á fin de que quede bastante espacio en las habitaciones.*

VIII. *«Ninguna señora podrá permitirse, sea cual fuere el pretexto, el emborracharse, y ningún caballero debe tomarse esta licencia antes de las nueve de la noche.*

IX. *«Las señoras que juegan á prendas y se divierten en otros juegos inocentes, deben portarse con inocencia. Ningun caballero puede forzar á ninguna dama á que le dé un beso, y ninguno tendrá el derecho de dar golpes á una muger durante la asamblea, bajo la pena de ser escluido para lo futuro.»*

taros de Kason, restos de los antiguos dominadores del país; tártaros de Astrakan, de la Taurida; tártaros kalmuckos, bashkheis, kirgises, &c. &c. Siguen las poblaciones del Cáucaso, que continúan resistiendo la dominación rusa: la guerra allí es endémica. Recientemente ha retirado de allí el Czar todos sus generales, destinando á otros para que sufran nuevos reverses. Esa es una lucha sin término, una lucha de guerrillas, en que el enemigo jamás da la cara; en la que se le ve á la rearguardia, por los flancos, sobre la cabeza, en la cual solo un recurso queda, y es el de morir sin decir una palabra, y de ocultar de la vista de Europa sus pérdidas y sus derrotas. ¿Contarémos despues la raza mongola, la raza manchona, la polas, las razas cosacas del Mar Negro, las del Don, del Bug, del Monte Oral, y de Oremburg? Esto sería nunca acabar. He aquí todo lo que es el imperio. Todos estos pueblos, todas estas razas, todos estos enemigos por la raza, y por las costumbres, están unidos por lazos fáciles que ninguno se atreve á tocarlos por temor de romperlos. Para ellos, el imperio es una fábula, el Czar una quimera, S. Petersburgo una vision en las nubes. Creen un poco mas en Moscou, la capital del viejo partido ruso, el refugio de la nobleza descontenta, el foco de todas las conspiraciones; y esto es todo: muy poco para el emperador y para él. Lo que la política rusa practica mejor, es el engaño. Tiene escritores á sueldo que recorren la Europa, y llenan la prensa alemana con romances fantásticos. Cuando un extranjero visita el imperio, se hace jugar á su vista una especie de magia blanca, de la cual, las autoridades rusas poseen el maravilloso secreto: se le seduce, se le lisonjea, se le deslumbrá, se le estravía, y vuelve casi siempre ciego. Esto es lo que sucedió algunos años ha al honorable Mr. Manguin. Y esto, no solo es engañar, sino hacerlo con mucha destreza. No hay que revelar á todo el mundo lo que hay de aspiraciones de omnipotencia, de pretensiones, de arbitraje soberano, de proyectos, de protección europea. El libro de la *Pentarchia europea*, publicado últimamente en Leipzig, es ciertamente en este respecto, el escrito mas ingenio y mas torpe de todos los mandados formar por el amor propio moscovita. El Sr. conde Adam Gurovsky, polaco refugiado, demócrata en otro tiempo, y ruso convertido, en su nueva obra publicada en Leipzig, con el título de *La Rusia y la civilización*, representa á esta potencia como un país modelo. El puede establecer la proporción que guste: pero en lo que ha andado errado, es en quererla probar. He aquí una de las anécdotas que se le ha antojado recomendar.

«El conde de Scheremetof es un rico propie-

tario, que posee mas de cien mil esclavos, entre los cuales, algunos se han establecido con su permiso en San Petersburgo y en Moscou, donde ellos han adquirido por su inteligencia y por su actividad, una fortuna de muchos millones.»

No advierte el autor que aplaudiendo así la actividad á inteligencia de esclavos que ganan millones desde que se les deja libres, ha formado con esto el proceso á la Rusia entera. En la página 42 de su libro, habla de la deportación á Siberia en el estilo de Teócrita. El califica que la deportación para colonizar las llanuras de la Siberia meridional y de la Asia central, es menos cruel que un destino á la Africa ó á la Botany-Bay. Mas el paralelo sobre esta basa, no es de buena fé. Sabido es que hay tres clases de esportados á Siberia: en la primera, están obligados los condenados al trabajo de las minas; en la segunda, á la caza de bestias, cuyas pieles se utilizan; y en la tercera, solamente se permite á los condenados cultivar la tierra. Cada semana se les pasa lista, como se hace con los prisioneros de guerra. Los condenados pueden pasar de una parte á otra antes de que espire el término de su deportación; pero lo que no dice Mr. Gorovsky es que el trabajo en la primera clase, equivale á una sentencia de muerte, y aun todavía es peor, porque los desgraciados que desearían morir, no mueren. El oculta igualmente la arbitrariedad que preside á las sentencias, porque la seguridad personal está entregada á todos los antojos del despotismo, y lo que él llama justicia terrible, imponente, oculta del soberano, sin exponer sus razones, mas bien debería llamarse venganza ó capricho. Mas separémonos de lugares comunes, y no perdamos el tiempo en la relación de verdades tan claras. Mejor será advertir cómo Mr. Gorovsky al celebrar á la Rusia, denuncia candorosamente las miras secretas del gabinete moscovita. «Apoiada sobre la Rusia, dice el apologista, la Alemania, y especialmente la Prusia, han podido lanzar del suelo de la patria la dominación estrangera, y reconquistar su independencia. Por resultado de esta situación tan afortunada, la Prusia se halla en estado de resistir al torbellino que la precipita hácia el Occidente, y posee la solidez necesaria para que los pequeños estados de Alemania se agrupen á su derredor. La fuerza moral de la Prusia, es mayor que su fuerza material. *La Prusia debe todos sus bienes á su vecindad con la Rusia.* ¿Cuál sería la suerte de la Prusia si tuviera por vecino á un pueblo tan inquieto como el de los polacos, ó el de los belgas, ó el de los franceses, ó el de algunos círculos constitucionales de Alemania? El arbitraje de la Rusia mantiene la paz hasta las partes mas

distantes de la Europa. La Rusia es la única que representa el órden y estabilidad. Se presenta ella, y las revoluciones y los revolucionarios, retroceden como magnetizados. Si la guerra es algunas veces una misión divina, para estirpar un mal mas pernicioso; todavía la Rusia podrá combatir alguna vez en favor de los derechos de la humanidad.»

En Europa deben felicitarse de que los rusos hayan encontrado defensores tan atrevidos que pregonen, lo que el hombre menos hábil apenas diría en voz baja.

IX.

Participio del himeneo en la política rusa.—Recapitulacion de todos los matrimonios efectuados en favor de la familia imperial.—El príncipe Federico de Hesse.—Combinacion ingeniosa.—Contramina.—Proyecto de alianza con el Austria.

Es natural suponer que si la Rusia hace su propaganda por medio de evangelistas astrolafidos; que si ella despacha todos los años legiones de viajeros, con ojos de argos y con cierto cargamento de argumentos irresistibles; que si ellos se sirven de todos los recursos de la prensa y de la opinion para alucinar á la Europa, no se encierran en estas bajas esferas de la política. La Rusia practica sobre todo, el gran sistema de las alianzas y de los himeneos, alianzas de hecho con la Alemania que no están acaso regularizadas por tratados; pero sí por medios secretos que son allí enviados en mayor número que los diplomáticos; himeneos con todas las familias antiguas, grandes y pequeñas que puedan servir de escalones á su poder. Hablemos primero de los matrimonios.

Desde el principio de este siglo, las virtudes conyugales del Czar, y el Czar mismo han servido de gran recurso á la Rusia, y gracias á él, gracias á los príncipes y princesas de su familia, gloriosos vástagos de los Romanoffs, ella ha podido introducirse, por medio del himeneo, en Prusia, en Wurtemberg, en los ducados de Sajonia-Weimar, en Sajonia-Gotha, en Nassau, en Oldemburgo, en Dinamarca, en Hesse-Darmstadt; Altemburgo, Lauchtemberg, en Baviera, en Holanda, y en los dos Mechemburgos, procediendo así en Alemania á un sistema de particion propicio á su influencia. Ella acaba de colocar un pié en tierra sobre las orillas del Sund, por resultado del reciente matrimonio entre el príncipe Federico de Hesse y la gran duquesa Alejandra, hija tercera del Czar. La combinacion es una de las mas diestras, porque el príncipe Federico es heredero colateral del trono de Danamarca; y si su príncipe actual no tiene hijos, la influencia rusa se ha establecido para siempre en aquel país. El Czar

tendrá entonces las llaves del Báltico, tanto para su comercio, como para un caso de guerra; porque en las orillas de aquel mar en el Sur, no hay mas que un solo puerto que pueda abrigar buques mayores de guerra, y este es el de Kiel, que tiene 54 pies de profundidad, al paso que los otros no tienen mas que doce. Y como el puerto de Kiel pertenece al ducado de Holstein, que es una parte de la confederación germánica, esto proporciona á la Rusia un aumento de influencia en la Alemania. No estará por demás decir, que el gabinete moscovita no se contenta con esto; que inspira á la juventud de Dinamarca, especialmente á los estudiantes, la esperanza de la restauración de la antigua union escandinavia, propagando así hasta las ideas revolucionarias, cuando ella entreve que pueden ser útiles á su política invasora. Ciertamente, que en Stokolmo tres años ha que concluyó Nicolas un tratado secreto con el rey Carlos Juan, para garantizar el apoyo ruso al heredero de su trono, lo que contrariaría un poco la union escandinavia. Y así es como la Rusia á fuerza de engañar á todo el mundo, acabará por no engañar á nadie.

Otro proyecto de matrimonio que algunos años há ha estado sobre la mesa de conferencias en la alta diplomacia, es el quedaría la segunda hija del emperador al joven archiduque Estevan de Austria, hijo del archiduque pelatino, el mismo príncipe de que se ha hablado como que debía casarse con la hermana del duque de Burdeos. Se adelantan tanto las noticias sobre este asunto, que se asegura, que el emperador hará un viage á Viena, acompañado de la princesa de Olga, y que el archiduque Estevan, que es gobernador de Bohemia, hallará así medio de hacer la corte á las augustas visitas. Si este proyecto se realiza, Mr. de Metternich puede ya hacer dimisión del imperio de Austria, porque la Rusia teniendo entonces un pie sobre Praga y el otro sobre el Danubio, no dejará mucho que hacer á ese émulo de Talleyrand. Por lo demás, las personas que se han acercado en audiencia particular al príncipe, aseguran que este hombre de estado, envejecido en la direccion de los mas altos negocios, pierde notablemente esa aptitud práctica, esa ojeada rápida y segura que lo distinguieron tanto tiempo. Y en efecto, este matrimonio austro-ruso no sería la prueba de una prevision muy feliz por parte del ilustre político. Una alianza mas estrecha de la Rusia con el Austria en la situacion actual de los negocios, y en presencia del partido esclavon en las provincias austriacas, sería una torpeza, por no decir otra cosa peor, que comprometería altamente la reputacion política del señor príncipe de Metternich. Mas insensiblemente nosotros hemos ido penetran-

do en una cuestion que naturalmente encontramos despues cuando háyamos entrado en la segunda parte de este pequeño trabajo, que es la que considera mas especialmente las relaciones de la Rusia con las potencias extranjeras. Vamos, pues, á pasar sin otro cesordio, á la discusion de dos puntos muy importantes en la política rusa. Las relaciones de San Petersburgo con la Prusia primero, y con el Austria despues; doble cesámen de donde haremos nacer la verdad sobre la medida exacta de la potencia moscovita, mucho mas fuerte en apariencia por la estension de su ambicion, que por lo que es en realidad, por su situacion futura.

X.

PRUSIA Y RUSIA.

Consecuencias políticas de la coquetería de Alejandro.—La Rusomanía en Berlin.—Sátira atribuida al príncipe real.—Acontecimientos de 1813.—Cambio en la opinion.—Odio del nombre ruso en las filas del campo de Caltrsh.—El Sr. Goldmann.—La amnistía prusiana.—El tiro de fusil de Posen.—Primeras diferencias entre la Prusia y la Rusia.—El Czar en Berlin.—Una preocupacion.—La Alemania contra la Francia.

La instalacion del partido ruso en Berlin, tuvo por primera causa, una de esas circunstancias insignificantes que ejercen algunas veces grandes efectos en política.

El emperador Alejandro, acostumbrado durante una larga serie de placeres, á ese género de sucesos que facilita mucho el poder, y que justificaban en él las gracias del semblante, la perfeccion de la estatura, y la elegancia de su presencia, no pudo resolverse á sufrir los ataques de la edad sin procurarse algun remedio, y quiso cuando perdiera su juventud, conservar al menos las apariencias; para conseguirlo apeló á todos los artificios del tocador; el arreglo de sus cabellos, el ajuste de sus vestidos, las pequeñas pérdidas de la borra llegaron á ser para el Czar otras tantas cuestiones de estado. Siguiendo entonces su ejemplo todos los oficiales rusos, y especialmente los de su guardia, llevaron á los últimos limites de la quinta esencia las lecciones de tocador que venian de tan alto, y á poco se vieron en la corte feld-mariscales con corsé y algodón hasta en el cuello. Esta coquetería pareció de tan buen gusto, que se volvió contagiosa. Ella recorrió el mundo y llegó muy pronto á las orillas del Spree. Inmediatamente todos los oficiales de la guardia en Berlin, se volvieron de una hermosura tan escagerada, que el milagro producido en todos los demás de la corte un estupro agradable. Los envidiosos llamaron á esta moda la rusomanía; pero la plaga tuvo buenos tor-

tuna y adquirió todos los caracteres de una enfermedad crónica, que fué una especie de rabia ó fanatismo. La Rusia, como debe suponerse, tuvo cuidado de no admitir cosa alguna para mantener un entusiasmo tan favorable á sus miras. ¡Hubo quien las adivinara desde entonces! Es un secreto que solamente el rey actual Federico Guillermo IV pudiera decirnoslo, porque solo él tuvo en aquella época el buen sentido de burlarse de la rusomanía. El no era entonces mas que príncipe real, y sus espaldas de Alcides cortadas por una talla de hechicera, lo ofuscaban hasta el punto que se le atribuyó una pieza graciosa que corrió por aquel tiempo, y que era una parodia del célebre poema de Schiller *Aux femmes!* y dirigida esta vez á los oficiales de la guardia. Estos epigramas no fueron bastantes para contener el contagio, que la Rusia cuidaba de alimentar por medio de favores y de consideraciones que distribuía entre los gefes de la faccion ruso-berlinesa. El viento del Norte sopló desde entonces sobre la Prusia, con una fuerza siempre creciente. El matrimonio del gran duque Nicolas habia tambien hecho de la alianza rusa, una especie de necesidad natural que los acontecimientos de 1813 no tardaron en convertir en una necesidad política. Fué necesario ser ruso para reconquistar un trono, y lo que la Alemania llamaba entonces su libertad. La palabra de orden se recibió de San Petersburgo, y el polo político estuvo al Norte. Mas las dulzuras de esta lura de miel no tardaron en agriarse. Poco despues de 1815 comenzó á decirse, que la Rusia era funesta para la Alemania. Ella habia dividido la Sajonia, reconstituido débilmente á la Prusia, y sostenido en las conferencias la division del antiguo imperio germánico. Los espíritus escaldados de 1813, fueron los primeros en alarmarse por estas maniobras; todos ellos formaban parte de una escuela liberal, conocida despues con el nombre de histórico-político, que soñaba en el restablecimiento de la antigua union Alemana. La libertad para ellos era el viejo imperio regenerado, y en nombre de esta restauracion prometida fué como se les llevó á Leipzig. Ellos manifestaron las tendencias destructivas de la Rusia, porque habian comprendido la suerte de la Alemania. Por su parte los pequeños príncipes alemanes, débiles contra la opinion patriótica; pero fuertes con el apoyo de la Rusia, revelaron toda la intriga, arrojándose en los brazos del Czar. Despues los matrimonios sucesivos de la familia imperial con el duque de Nassau, con los príncipes de Weimar, de Gotha y de Mecklemburgo, agregaron nuevas desconfianzas á las antiptas ya robustas de todas las clases de la gran familia alemana. El extrañamiento fué aumen-

tándose, y la Prusia por su parte, se separó visiblemente de su adoracion por las modas rusas. Pero el difunto rey estaba seriamente comprometido, tanto por ideas, como por lazos de familia con la corte de los Czars, para que la opinion pública pudiera hacer rápidos progresos bajo su reinado. La accion de los espíritus fué lenta, incierta, oculta, y penetró tarde en el ejército. Vinieron los acontecimientos de 1830, y no contribuyeron á precipitar su curso. Lejos de esto, el partido alemán, intimidado por los clamores que venian de Francia, y que traspasaban el Rhin, con una impaciente audacia, se dejó fácilmente prevenir por la nueva situacion. Los tronos de Alemania temblaron de espanto sobre sus cimientos. Los pueblos temblaron por su nacionalidad, y los reyes por su corona; y no fué difícil á la Rusia explotar estos terrores. Por un momento apareció fuerte en Berlin. Dos años despues estaba degollando á la Polonia.

Ahora el buen sentido germánico, ha vuelto á tomar su inclinacion natural. Todas sus desconfianzas han vuelto á renacer mas justificadas y mas fuertes. Las prohibiciones rusas sobre las fronteras orientales de la Prusia, donde se mantiene un contrabando ruinoso; las nubes de agentes secretos que recorren el pais en todas direcciones; la corrupcion moscovita instalada por todas partes, en la corte y en los diaños; entre los ciudadanos los libros anónimos que cantan incensantemente las alabanzas de Nicolas, y predicaban para la Prusia no una alianza de igual á igual, sino una especie de sumision vergonzosa al protectorado de la Rusia, todo esto y mas aún la verdad descubierta sobre la destruccion de la Polonia, ha hecho penetrar hasta las últimas filas del ejército, el odio del nombre ruso y el ardiente deseo de un rompimiento con el gabinete del Czar. Últimamente se ha visto en el campo de Calish manifestarse con cierta violencia la antipatia de los oficiales prusianos. Allí hubo choques y riñas sangrientas. Podemos afirmar con seguridad que una guerra con la Rusia sería en estos momentos popular y nacional en toda la Alemania. No cesaremos de repetir que los escritos pagados por San Petersburgo contribuyen mas y mas á la irritacion de la opinion pública. Uno de estos libros conocidos en Francia, la *Pentarchia*, dice sin rodeos que la suerte futura de Europa, pertenece á la Rusia. El autor es un renegado alemán llamado Goldmann, que vende á su patria como Judas vendió al Señor. La única diferencia es que en lugar de treinta monedas de plata, él ha recibido en Dresde 3.000 ducados de oro. Esto no es tan mezquino.

Federico Guillermo IV, quien no siendo mas que príncipe real, lanzaba sus sátiras contra el

partido ruso, ha tenido que volverse mas moderado desde que subió al trono. El es pariente próximo del Czar, vecino de territorio y marca absoluto como él; estas son las tres razones que hay para que disimule un hecho reciente; sin embargo, ha producido alguna frialdad entre los dos gabinetes; este hecho es la amnistía concedida por Federico Guillermo á todos los refugiados de la Polonia. La Rusia ha sido herida profundamente por esta ocurrencia, porque la amnistía es nada menos que una protesta tácita, pero enérgica, de las odiosas vejaciones con que el Czar oprime á la Polonia rusa.

Se ha visto con un secreto terror en San Petersburgo, este acto de una política mas humana y mas independiente. Muchos refugiados volvieron de París á Inglaterra, á Posen. Algunos polacos rusos obtuvieron tambien del gabinete de Berlin, el permiso de permanecer en el gran ducaado. Inmediatamente la diplomacia rusa instó que este permiso de permanecer tan cerca de la frontera rusa, era contrario á las consideraciones que se debían dos potencias amigas. Durante algun tiempo, el gabinete prusiano se hizo sordo; pero la policía rusa previno una estratagemá. Un misterioso tiro de fusil se disparó en Posen cuando pasó por allí Nicolás, y todos los órganos de la publicidad rusa, difundieron la especie de que el tiro había sido destinado al emperador. Sin embargo, las investigaciones mas minuciosas no fueron bastantes para comprobar el hecho, y fué necesario que despues en el mes de Enero, la policía rusa volviera á la carga, y descubriera en Posen una especie de conspiración, bien ó mal urdida, que cubre todavía un velo. Entonces fué cuando el gabinete de Berlin, fastigado por la obstinación de estas maniobras, ha publicado un decreto de espulsion contra los refugiados polaco-rusos que se hallaban en Posen. Y esta victoria no se había obtenido en el primer viaje del rey de Prusia á San Petersburgo, cuando se celebraba el vigésimo quinto aniversario del matrimonio de la emperatriz, y es fácil concebir que la visita debió necesariamente resentirse de estos pequeños pero significativos errores. Las relaciones han sido frias y mesuradas. Había tambien entonces dos cuestiones, sobre las cuales no pudieron entenderse los dos príncipes. La Prusia exigía una atenuación del derecho prohibitorio que arruinaba á sus antiguas provincias, y apenas obtuvo algunas concesiones insignificantes. La Rusia por su parte demandaba la renovación de la ley de 30 de Mayo de 1830, sobre la estradicción de desertores. En virtud de esta ley de carceles, la Rusia pagaba un tanto en plata por cada desertor ruso que le presentaban los paisanos prusianos. Este era un permiso de cazar hom-

bres que lisonjeaba las inclinaciones de la codicia, y desmoralizaba á los habitantes de la frontera. Es preciso saber que estas deserciones eran y son todavía tan frecuentes, que la llegada del caso de que los coroneles no resistieran á la tentación de pasar la frontera, y ya se concibe que la Rusia no estaba poco celoso de este contacto de sus tropas con costumbres más dulces y mas fáciles. Sea de esto lo que fuere, el rey, dominado por la opinión pública, rehusó renovar el tratado; esta negativa sorprendió el orgullo del Czar, acostumbrado en otro tiempo á una sumisión mas humilde. Se imaginó que crearía embarazos al gabinete de Berlin, rehusando á la vez entregarle sus desertores. El esperaba que esta aglomeración de rusos causaría inquietudes á las autoridades prusianas, porque llegaron á contarse diez mil desertores. Todo lo que el Czar ha podido conseguir, es una prórroga provisional del tratado, y se opina generalmente que la opinión prevalecerá mas tarde, ó mas temprano, en el espíritu del rey, sobre la arrogancia del de San Petersburgo. En fin, el último rasgo en esta investigación sobre la decadencia del partido moscovita en los estados prusianos, es el viaje que en el año último hizo el Czar á la corte de Berlin. A pesar del silencio forzado en la prensa alemana en este respecto, sabido es que nunca los príncipes han estado mas enagenados que entre sí en este encuentro todo de etiqueta y de aparato. El partido ruso realmente ha muerto en Alemania. Si Federico Guillermo, quien subió al trono con ideas liberales, ha retrocedido delante de las intrinsecas de la Rusia, y las demostraciones de la Austria, debe ahora reconocer que esta política entre dos aguijones del todo absoluta ni francamente progresista, lo ha colocado en una situación delicada y estéril. El no es aliado ni de la Rusia, ni de la Inglaterra, ni de la Francia. Si intimidad con el Austria, no es mas que una necesidad del momento. El vacila, él retrocede, él acosa a guarda; pero jamás volverá á la Rusia. La opinión pública se lo impide. Todos los patriotas alemanes, que pertenecen á la escuela histórico-política, ó que siguen la bandera de filosofía negativa, se reúnen contra la Rusia, en una repulsion común de que participan aun los mas ardientes conservadores. Un hecho extraño pero verdadero, es que la mayor queja de los alemanes contra la Francia, es la idea en que están de que esta potencia tiende secretamente á identificarse con la Rusia. El abandono de la Polonia, es para ellos la prueba de esta tendencia. Qué los filósofos partidarios del hecho consumado se dignen meditar un poco sobre este asunto; acaso es muy digno del que se

XI.

El partido esclavon en Austria.—La Rusia en las embocaduras del Danubio.—Sus manojos en las disensiones de la Hungría.

Es fuerza que se reproduzcan las quejas del gabinete de Berlin, contra el de San Petersburgo, cuando se trate de los intereses generales del Austria, con relacion á los proyectos de engrandecimiento de la Rusia. La division de la potencia germánica, efectuada por la entronización de la influencia moscovita en el seno de los pequeños estados de Alemania, ha debido al fin causar recelos al gabinete de Viena. Hácia el Oriente es principalmente á donde se vuelven los ojos del Austria con una inquietud notable. Ella siente que sus sospechas se han escitado demasiado tarde. En efecto, durante los quince años de la restauración, la Europa fatigada no procuraba otra cosa que reponerse de una larga serie de guerras; sus preocupaciones ademas, no por ser diferentes eran menos vivas. En Francia la lucha de la oposicion contra el poder, mantenía en alarma á todos los gabinetes extranjeros; la Italia se comunicaba en agitaciones interiores; la España estaba destrozada por guerras intestinas, la Alemania se agitaba por el trabajo sordo y continuo del espíritu público. Se ignoraba si la agitacion universal era el último esfuerzo de una tempestad apenas calmada, ó mas bien los primeros movimientos de un nuevo trastorno. La Rusia supo aprovecharse diestramente de este conjunto de ansiedades y fatigas, que paralizaba á la Europa, para plantear todas sus maniobras. Ella extendió la mano sobre el Asia, tomó á la Persia una de sus mejores provincias, y aun sacó mayor provecho apoderándose en aquellos países de su de sus mas fuertes posiciones militares. Muy conveniente es leer sobre esta materia y sobre la política rusa en general, la obra recientemente publicada por el conde Wenceslao Jablonowsky: *La Francia y la Polonia, ó el esclavonismo y la dinastía polaca*, y esta obra encierra pormenores curiosos y observaciones muy juiciosas, y aserciones ademas que no encontrarán aprobación mas que en una parte de la mayoría de la emigración polaca.

Todo lo que la constancia, la astucia, la fuerza, la sorpresa y la corrupción pueden inspirar de audacia, tanto ha puesto en obra la Rusia, contra los intereses vacilantes de la Turquía. Que se nos cite un solo tratado entre ella y el divan en que no haya obtenido alguna cesion de territorio. La Taurida, la Georgia, la Cesaría y poco á poco toda la costa septentrional del Mar Negro, del Mar de Azof y del Mar Caspio, han pasado á la dominación rusa. Establecimientos militares, puertos y estaciones mari-

timas cubren casi toda la Rusia Meridional, y servirán cuando se quisiera para trasportar en una ojeada un cuerpo de ejército á Constantinopla. Todo en fin, hasta el tratado de Andrinópolis contribuye en los negocios de Oriente á dar la superioridad á la Rusia, sobre las potencias europeas; y la Austria, absorba por algun tiempo por la revolucion francesa, entregada á ese terror rojo, que San Petersburgo ha sabido explotar y nutrir á la vez; la Austria, decimos, comienza á medir con un ojo inquieto, el tiempo y la influencia que ella ha perdido por estar temblando. No puede omitirse la observación de que la Rusia cuando humilló á la Polonia, contradiciendo las estipulaciones del tratado de Viena, procuró no solamente desnaturar la sangre y las ideas de la jóven generacion polaca, sino tambien cuidando muy poco de que fueran lógicas sus arterias, se ocupó de crear y dirigir un llamado movimiento esclavon en la Polonia prusiana y austriaca, para hacerse de recursos y mantener siempre levantado un tizon sobre los gabinetes de Viena y de Berlin.

Esta cuestion, poco dilucidada en Francia, merece una seria atención por parte de los que quieran formar una idea exacta de la situacion actual y respectiva de la Rusia y de la Austria.

El Austria posee en Galizia, Ungría, Transilvania y otros puntos, una poblacion esclavon muy numerosa. Allí es donde San Petersburgo mantiene una propaganda activa, donde le consigna es *esclavonismo*, es decir union, regeneración, restauración de la nacionalidad esclavon. Hay, como se advierte, una contradiccion muy manifiesta entre lo que hace la Rusia en su territorio, y lo que practica en el ageno. En la Polonia rusa nada menciona ella de reconstituir, y antes por lo contrario todo su afán es destruir. Ella hace trasportar á los jóvenes polacos con cadenas al prís, y en rebaños de ciento á ciento veinte cabezas, al interior de la Rusia, para rumosmanizar, como ella dice, la generacion virgen de la Polonia, mientras que invoca al patriotismo en las posesiones austriacas y procura sublevar la sangre esclavona contra la sangre germánica. Este es uno de los caracteres especiales, que distingue á la política de los griegos modernos del Norte. Ya hemos visto una muestra en sus manojos en el jumento de Dinamarca, para plantear allí el germe de un movimiento esclavoniano.

Por otra parte, la Rusia que en su contemplacion perseverante hacia Constantinopla, se ha creado en Grecia un partido poderoso por la influencia del culto, tiene así encerrado el imperio otomano entre la Morea y las bocas del Danubio. Este es un objeto de serios temores para la Austria, porque el Danubio es la arteria

tor de su imperio, y ella observa no sin un terror secreto que la Rusia pretende establecerse en el desembocadero de este río. Además, en las disenciones interiores de la Hungría, donde tres elementos se encuentran incesantemente en acción; el magiarismo, el esclavonismo y el elemento germánico, Vienna descubre á cada paso las huellas mal disimuladas de la corrupción moscovita. El gabinete austriaco sabe pues á lo que debe atenderse. No necesita de grandes esfuerzos para adivinar que la política rusa tiende á suscitarle embarazos, reuelos y peligros, para hacerle necesario ese protectorado que la Rusia aspira á estender á la Alemania, quizá mas adelante. ¿El Austria lo evitaria? Lo ignoramos; pero una de las reglas de toda política ilustrada, es la de no buscar la alianza de un estado vecino, cuyos intereses se encuentran en oposición con los nuestros. En este caso, es urgente por lo contrario, unirse con los adversarios naturales ó políticos de esta potencia, para oponer una mayor suma de resistencias á sus invasiones. Esto es lo que procuramos demostrar en el capítulo con que daremos fin á este escrito.

XII.

ALEMANIA Y FRANCIA.

De una alianza franco-germana.—El antiguo liberalismo francés.—La Alemania en 1830.—La orilla izquierda del Rhin, interes en Oriente de la Rusia, y de Inglaterra.—Cuestion de Argel.—Cuestion de Oriente.—Conclusion.

La idea de una alianza franco-germana, no ha echado raíces todavía en la opinion pública. No ha penetrado ni en las masas, ni entre los directores ó corifos de la política actual. Esta es la razon de que tratamos esta materia con cierta timidez, y es nuestro deseo que el lector se despegue de antemano de toda preocupacion estraña, á la esencia puramente política de la cuestion. Se ha introducido la costumbre en cierta escuela del liberalismo francés, de considerar al Rhin, como una barrera insuperable entre la Francia y la Alemania. Los recuerdos de otro tiempo, tan mal colocados en una época en que los intereses del mundo han cambiado de faz, obran fuertemente en el espíritu del viejo liberalismo, entre las necesidades de la Francia, y las nuevas tendencias de la Alemania. De ahí esas susceptibilidades y desconfianzas que entorpecen la marcha lógica y natural de las ideas. De ahí sobre todo, esas antipatías sin causa, empeñosamente sostenidas en Alemania por la ambicion de la Rusia, y en Francia por los amigos pronunciados de Inglaterra. Sí, nosotros no tememos asegurar que

el viejo liberalismo con su entusiasmo estacionario por las tradiciones muertas, con sus clamores fuera de oportunidad y sus baladronadas, ha hecho mayores males á los pueblos de Alemania, y ha contribuido mas al abatimiento de la Francia, bajo la preponderancia inglesa, que todas las maniobras del Czar, y todos los protocolos de Palmerston. Lo que acaso no se ha sabido en Francia, es, que la Alemania electrizada nos pertenecía en 1830, y nos tendia los brazos. Mas nosotros hablamos de conquistas: nuestros periódicos lanzaron un eterno grito de guerra: al Rhin! al Rhin! y la Alemania consternada, dando una ojeada dolorosa á sus hermanos de Francia, dió oídos á la santa alianza que le gritaba: No son vuestros hermanos; son vuestros enemigos. ¡Equivoco funesto! La Rusia estaba pronta para hacerse del protectorado de Alemania, y la Francia engañada á su vez, sobre los sentimientos que dominaban al otro lado del Rhin, se dejó tranquilamente arrastrar por la política inglesa. De aquí esa situacion tan intolerable para la Alemania como para la Francia, que tiende á comprometer la posteridad y la fuerza en el exterior, y la paz interior de una y otra nacion. Puede afirmarse que en ninguna época de la historia, ha tenido la Europa un sistema de alianzas mas contrario á los intereses de sus pueblos, y que la amenaza mas de cerca en sus condiciones de existencia. Se ha escrito mucho, discurrecido mucho, discentido mucho sobre la cuestion, en sí misma muy superficial, de la posesion del Rhin. Esta especie de querellas se asemejan en lo general á las distinciones de los casuistas. Ni los ríos ni las montañas son los verdaderos limites. Pero sucede siempre que á los que alegan las conveniencias del idioma y de las costumbres, se les responde con los ríos y con las montañas; así como tambien se contesta al argumento de los limites geográficos con razones sacadas del idioma y de las costumbres. Y nótese que todos estos adversarios pueden invocar á favor de sus ideas el apoyo de esta palabra mágica: *Limites naturales*. ¿Qué cosa mas natural que un río, ni cuál mas natural que la lengua? y sin embargo la Alsacia que habla aleman, no querría separarse del territorio francés; así como los alemanes de la orilla izquierda, no querrian separarse de la Alemania. La una desea conservar los derechos políticos, y la supremacia moral de que participa con el resto de la Francia, y los otros tienden á la grande unidad germánica, ese culto eterno de todos los corazones alemanes. Se ve, pues, que la cuestion no tiene salida. ¿Para qué, pues, agitarla? ¿Para qué sonar el clarín, gritando incesantemente á la Alemania, que se le quiere volver á quitar la orilla izquierda del Rhin?

Este clamor sirve admirablemente á los gobiernos retrógrados, é hizo decir á uno de los hombres de estado mas distinguidos de Alemania: "Mr. Thiers ha merecido el reconocimiento eterno de nuestros gobiernos cuando ha resinado en 1840 los sentimientos de la nacionalidad germánica. Entusiasmo espontáneo que nuestros principes han explotado, así como en 1813, en beneficio de sus intereses privados." No se puede hablar con mayor claridad. No es, repetiremos, una cuestion de limites, la que debe separar mas tiempo los intereses de Francia de los de Alemania. Elevémoslos, si se puede, á especulaciones mas estensas; formemos de toda la Europa central una especie de falange cerrada, propia para dos enemigos poderosos, y veremos que este gran negocio de limites se convertirá de repente en un punto muy secundario en la nueva situacion. ¿Quién sabe además, cuántas concesiones de una y otra parte, podría traer consigo una larga y leal alianza? Y la alianza sobre todo.

La Francia abandonando á la Polonia y permaneciendo sorda al grito supremo de esa nacion que sucumbia con los ojos vueltos hacia ella, hizo creer á los alemanes que ella se preparaba á una alianza monstruosa con la Rusia, alianza cuyas arras sangrientas fueron la muerte de todo un pueblo. Los sueños de un partido caido galvanizado por un momento, por los Robles de San Petersburgo que pagaba uno de sus órganos, se difundieron muy pronto en toda la Alemania, y vinieron á dar una especie de autenticidad al rumor extraño de una alianza franco-rusa. En esta quimera se creyó del otro lado del Rhin; ella es además ahora uno de los temas favoritos de la prensa alemana, todas las veces que ella gusta presentar á la Francia como enemiga de la Alemania. "Germanos, les dice, la alianza franco-rusa, amenazaría por los dos flancos la existencia política, el porvenir y la unidad de la Alemania. El mismo día que cimentara esta alianza, se vería morir como nació."

Así es, pues, como el dilema se ha presentado escabotamente. La Francia no podría intimarse con la Rusia, sin tomar sobre sí responsabilidades funestas: la irremediable destruccion de la Polonia, y la particion sin esperanza de la grande nacion germánica. ¿Y qué beneficio produciría todo esto! ¿Quedaría resarcido por la Rusia, con su antigua influencia en el Oriente? Ya es demasiado tarde. La integridad del imperio otomano ya no existe mas que en una ficcion diplomática. Ya se ha dicho por alguno no que el imperio turco es ahora *el imperio de una ciudad*, cuya llave se llevó en la bolsa en 1833 el conde de Orloffs. La Rusia ha logrado, mas de lo que se piensa, el objeto que

se habia propuesto. Ha adquirido predominio sobre el Bósforo; sus escuadras del Mar Negro pueden llegar en veinte y cuatro horas á Constantinopla, y reina en el divan, como pudiera hacerlo en su casa; cuando mas le podría servir de carcereiro ó de verdugo, hasta el día en que se le antojara acabar con ese cadáver turco que aun palpita, y os haria traicion para tratar con Inglaterra, y para abandonar en cambio del Bósforo el camino libre del Mediterráneo, y esa linea inmensa de Gibraltar á Bombay.

Se ha dicho tambien, porque se han dicho cosas muy singulares sobre esta utopia, que la alianza franco-rusa, aseguraria á la Francia la orilla izquierda del Rhin, y facilidades para poseer el Egipto.

La Francia no tiene necesidad de la orilla izquierda del Rhin, porque es suya la Bélgica; y por lo que toca al Egipto, no tiene ella necesidad de la Rusia.

Ponerse á disposicion del absolutismo ruso, sublevar contra la Francia, contra sus ideas, contra su fe política toda la Europa central, no mas para conquistar algunas leguas mas allá de Paris fortificado, no es cosa que realmente vale la pena. Por otra parte, es mejor para la Francia contar además de su propia fuerza con el consentimiento de la Alemania, para que le sirva de apoyo sobre el litoral africano, que con la proteccion de la Rusia. La conquista de Argel da á la Francia una posicion en el Mediterráneo que se extenderá hasta el Egipto cuando ella lo quiera. Toda la Europa ilustrada aplaude esta victoria, obtenida por la civilizacion sobre la barbarie; la Inglaterra y la Rusia ven con ojos celosos este triunfo; la Inglaterra porque desea un camino libre para la India; la Rusia porque el orgullo moscovita se resiente por la idea de llegar á ser tributario de la Francia por el paso de sus buques desde los Dardanelos al Mediterráneo. Nótese, pues, que la alianza rusa aun mas que la alianza inglesa, no cambiará el estado de la cuestion. Doce años ha que la Francia está unida con la Inglaterra, y esto no ha impedido que codicie la Siria. Se intimará la Francia con la Rusia, y esto no evitará que codicie los Dardanelos. No es ahí donde están las alianzas de la Francia. Ella debe marchar á la conquista del Mediterráneo apoyándose sobre la Europa. Los intereses de la Alemania por lo contrario, lejos de perjudicarla, exigen que un centinela avanzado vele sobre el establecimiento del Czar en las embocaduras del Danubio, y la Alemania observará con placer el aumento de la influencia de la Francia sobre el litoral africano. Y digámoslo, pues que la ocasion ha llegado, que la Francia no podrá estender su vigilancia sobre ese pequeño reino de la Grecia, trabajado ahora